

LIBRO VI.
UNA TRAGEDIA EN EMS.

I.

LA FATALIDAD.

Octavio partió al siguiente día con el tren exprés hácia Parisis. Cuando vió por la tarde y en lontananza dibujarse sobre el horizonte, y sobre los grandes árboles, las viejas torres que le parecían mirar con risueño semblante, dijo:

—No! no iré á Ems!

Mas, para desgracia de todos, la fatalidad quiso que el duque de Parisis fuese á Ems.

Cuando llegó á Parisis, la duquesa estaba llorando: la cogió en sus brazos, la prodigó dulces caricias y la preguntó porque lloraba.

—Lloro mi dicha perdida!

—Tu estás loca, Genoveva! Te traigo tu dicha. Si tu supieras cuanto me fastidiaba en Paris! Mas tu sabes perfectamente que Paris nos retiene á la fuerza

por mil razones, aunque se sea aguardado por una esposa cual tú.

—No es esto lo que ocasiona mi llanto, replicó Genoveva, abrazando á su marido; no has visto al ministro antes de partir?

—Nó; he visto al emperador.

—Y el emperador no te ha dicho nada?

—Me ha hablado mucho de César y de Alejandro.

—Vas á comprender porque lloro!

Genoveva condujo á Octavio al saloncito de verano.

Lo comprendió todo, viendo sobre la mesa un gran sobre que llevaba su nombre bajo el timbre del ministerio de negocios estrangeros. El jóven leyó por dos veces: «Ministerio de negocios estrangeros», como si tuviese miedo de saber la noticia que encerraba el pliego. Y hablando consigo mismo, dijo: «Vaya un furor como hay en Francia por no hablar el francés! Si algun día llego á ser ministro de negocios estrangeros se dirá como en otro tiempo: *ministro de negocios exteriores*. Estrangeros! que quiere decir esto? Estrangeros á quién? Estrangeros á qué?»

—Pero lee! interrumpió Genoveva impaciente.

Cogió el pliego y leyó. Era su credencial de embajador en Alemania.

La duquesa advirtió que habia palidecido. La pobre mujer no podia comprender lo que ocasionaba esta palidez.

El jóven habia palidecido al ver que la fatalidad

le arrojaba hácia la señora de Fontaneilles. Embajador en Alemania! Para ir á su legacion era indispensable cruzar no lejos de Ems.

—Y bien, no hay que entristecerte, puesto que tú querias tambien que yo continuase mi carrera.

—Ciertamente, amigo mio; pero piensa que si no puedo ir hasta Paris, menos podré ir hasta Alemania.

La duquesa interrogó á su esposo con la mirada.

—Y probablemente que partirás muy luego?

El ángel del mal habia ya dictado la contestacion á Parisis.

—Sí, pero vendré á buscarte pronto.

—Y bien, no, amigo mio; quiero partir contigo.

—Mi querida Genoveva: esto seria cometer una locura; prefiero presentar mi dimision. Siento ya que amaré demasiado los hijos que vas á darme para que tú los sacrifiques sacrificándote á tí misma.

—Y si me muero de fastidio?

—Tranquilízate; iré allí para mostrar mi buena voluntad; pero en seguida volveré aquí.

—Y bien, no hablemos mas de esto. Debes sentir mucha hambre.

—Sí, porque aun no te he comido.

Y Parisis besó á Genoveva en los brazos, en las manos, en la garganta y en los cabellos. Pareció á Genoveva que una alma de fuego recorria todo su cuerpo.

—Oh! qué dulce es esto! dijo, dando un suspiro.

No bien te ausentas, cuando me siento morir. Tengo un frio que me hiela el corazon. Un dia, cuando tardes demasiado en volver, me hallarás convertida en estatua de mármol.

—A propósito! Sabes que Monjoyeux hace siempre de las suyas? Acaba de esponer un grupo, que ha puesto en conmocion todo Paris. Quiero que haga tu busto. Aquel pillete dá la vida al mármol; se diria que modela á la manera con que Dios modeló el mundo, ó, por mejor decir, á la manera con que los labriegos amasan el pan. Si algun dia esculpe á Galatea la hará descender del pedestal.

—Amigo mio: no quiero que se esculpa en mármol sino el busto que ha de adornar mi tumba; si quieres de mí algun retrato, lo mandarás hacer por un pintor.

—Es una buena idea, exclamó Octavio: enviaremos un despacho telegráfico á Leon Ramée. Vendrá aquí para hacer su boceto durante los ocho dias que voy á pasar contigo: dentro tres semanas lo recogeré en París al regresar aquí y concluirá tu retrato antes de nuestra partida.

—No, dijo Genoveva, el tiempo que en esto emplearemos será tiempo perdido; no tendré ocasiones de mirarte, prefiero estar sola contigo.

—Tú no conoces á Leon Ramée: no hay necesidad de que perdamos tiempo ni de que te pongas ante él para que te retrate. Ha pintado Junos y Dianas preciosas y nunca se han colocado ante él. Tu verás, mi

querida Juno, mi querida Diana, que hermoso lienzo nos vá á pintar con tu hermosura. Temes no estar sola! Leon Ramée tiene un corazon noble y se considerará tan feliz al vernos tan felices que ni siquiera advertiremos que se halla con nosotros. Fuera de esto es como la golondrina: trae la dicha á la casa donde anida.

—Pues bien, escríbele que venga.

Genoveva pensaba en que habia perdido la mitad de su dicha el dia en que su amiga, la marquesa de Fontaneilles, habia ido allí á pedir hospitalidad. Así es, que pensó tambien que un amigo de Octavio quizá turbaria, á su vez, aquella fiesta íntima de dos corazones que vivian de las mismas alegrías. Pero el amor profundo tiene sus timideces infantiles y la jóven no se atrevió á decir nada á su esposo.

—Es igual, se dijo á sí misma: el proverbio árabe quizá tenga razon. «Vé con cuidado con tu mejor amigo, vé con cuidado con tu mejor amiga; un átomo hace sombra: la amistad causa miedo al amor.»

Y apesar suyo pensó en su mejor amiga, la marquesa de Fontaneilles.

Pero Leon Ramée no debia hacer traicion á Octavio, como la marquesa debia hacerla á Genoveva.

Leon Ramée llegó para hacer el retrato de la duquesa: gozaba aun de todas las alegrías de su triunfo en el Instituto. Llegar á la Academia con los cabellos canos está al alcance de todo el mundo; pero, llegar

á ella en la aureola de los cabellos rubios constituye una fortuna.

Leon Ramée trazó el boceto de la duquesa, con atrevido y brillante estilo.

Al cuarto dia no solo su rostro parecia salir del caos, sino que el alma de la duquesa brillaba en su sonrisa y sus ojos.

—Que obra tan hermosa vás á hacer! dijo Parisis á su amigo.

Pero al siguiente dia, Leon Ramée abandonó el castillo.

—Está loco! se dijo Octavio.

Llevó la duquesa ante el retrato, exclamando:

—Que desgracia! Hubiera hecho una obra maestra. Mira Genoveva que admirable dibujo y que colorido tan hermoso! Pareces una diosa de Prudon, ó, mejor dicho, te pareces á tí misma.

—Si tu amigo nos há dejado, observó la duquesa, habrá sido porque habrá desesperado de concluir bien, lo que tan bien habia comenzado.

Efectivamente: Leon Ramée habia encontrado la duquesa demasiado hermosa.

Hasta entonces habia idealizado sus modelos de taller. Por la vez primera la verdadera belleza habia brotado ante él: se habia visto vencido por la naturaleza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO

BIBLIOTECA UNIV

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

con la dicha de mañana: habia sido tan feliz con vivir la dicha del dia que no quiso acostumbrarse á la soledad. Decidió enérgicamente que si Parisis no iba por ella á los quince dias, partiria sola á Alemania con Jacinta.

Y como su corazon desbordaba cogió una pluma y escribió á Octavio.

El escribir es la verdadera señal del amor. El que no ama, el que ha dejado de amar, es inútil que atormente la pluma, porque nada encontrará que decir. Pero los verdaderos amantes son terribles. Tienen la desapiadada elocuencia de Safo, de Santa Teresa y de Lélia. En sus cartas, la frase brota del corazon como de una fuente viva, pero que torrente de frases perdidas que van á lanzarse en el Océano del pensamiento! Verdad es que yo no conozco nada tan bestia como el Océano, esa eterna voz que ahulla siempre desde la creacion del mundo, sin haber dicho jamás nada; ese mónstruo sin conciencia que azota la tierra sin saber porqué. He aquí lo que escribió Genoveva:

«Cuando pienso, mi querido Octavio, que todo lo que voy á decirte llegará á tí helado bajo la mano del correo francés y del correo aleman, me detengo desalentada. Tú me lo decias un dia: las cartas que se envian á una distancia de cien leguas, son como los desafios que se aplazan para el dia siguiente. Y bien: vuelvo á cobrar mi valor: un corazon que habla guarda tambien su fuerza para que se le oiga á

II.

LA DESPEDIDA.

Al ver marchar á su esposo, el corazon de la duquesa se hizo pedazos. Genoveva le acompañó hasta la estacion. Se habia partido muy temprano: se caminaba lentamente para no agitar la jóven madre; Genoveva aguardó en el coche á que el tren partiera, y quiso ver por última vez á su marido desde la portezuela. Agitó por mucho tiempo su pañuelo, lo cual es una costumbre que se deja, desde que tomamos la vida riendo.

Cuando volvió á Parisis, creyó que hacia ya un siglo que estaba sola. Si hubiese tenido tiempo de alcanzar á Octavio, hubiera marchado. Subió á su cuarto, cayó en un sillón y se resignó.

El sol jugaba á sus piés, y esto le pareció que era una especie de ironía; mas, poco á poco se fué serenando su alma, y se acusó de falta de valor; se afirmó en la esperanza de que pronto seria madre, y se enorgullecó con la idea de que su marido seria pronto embajador.

Pero Genoveva no era de esas mujeres que viven

lo lejos. Estoy segura de que cuando abras mi carta se exhalará de ella algo de mi alma que irá recto á la tuya. Ah! Octavio: cuanto siento no haber partido contigo! La ausencia es la muerte. Te has llevado mi corazón y no respiro.

«Qué he de decirte? El castillo se halla triste cual yo y hasta las canciones de Jacinta se convierten en letanias. Ah! felices los que aman y felices los que no aman. Jacinta se halla triste al verme triste: pero al mismo tiempo va y viene tranquila. No te cause pena mi dolor: no es mas que la nube de la despedida; tendré el valor de conservar mis lágrimas... mas. Voy á vivir en la esperanza de verte muy pronto: no, no quiero llorar.»

Y la duquesa lloraba.

«Tu no ignoras que soy fuerte y que puedo dominar mi corazón. Vuelve, sin embargo, pronto: advierte que si tardas un día encontrarás una mujer que te habrá olvidado.

»No estoy celosa; pero vé con cuidado; si me olvidaras, si tomaras alguna afición por las alemanas, que son tan sentimentales, si un día dijese á otra que la amas, yo sentiría aquí la puñalada.»

Para engañar su dolor la duquesa escribió mas de diez páginas; mas de pronto se dijo:

—Pobre Octavio! es necesario compadecerle.

Hé aquí porque no le envió mas que la primera página.

Sobre las frases en que decia: «no, no quiero llorar» dejó la huella de dos lágrimas.

—Esto de enviar lágrimas, se dijo, es muy malo.

Pero no rehizo la página: parecía que una carta copiada no era ya una carta de amor.

III.

LOS TRES SONETOS.

En aquella misma noche en que Octavio partió para Alemania, la duquesa, removiendo los papeles del salon, halló entre sus dibujos unos versos que no conocia, porque Octavio los habia calificado de malos para mostrárselos. Estaban dedicados á Genoveva, y esta, al leerlos, se ruborizó y los besó como si quisiese encontrar aun en ellos la inspiracion de su esposo.

Recordó que en su vida de familia, cuando ella labraba una flor sobre una tela, cuando Jacinta interrogaba el piano, Octavio, fumando cigarros, perdido en las sinuosidades del sueño y de la conversacion, rimaba sonetos ó bien hacia caricaturas. Quería demasiado á Genoveva para hacer la suya porque decia que la caricatura era la indagacion del mónstruo en el hombre y la mujer; pero la pobre Jacinta era sacrificada á esta distraccion.

La duquesa llamó á Jacinta.

—Escuchad, la dijo.

Y la leyó aquellos versos.

—No es verdad que son hermosos? Por qué no me los dió?

Y mientras que Jacinta volvía á leer los versos la duquesa vió que en el reverso del papel habia otros.

—Mirad, Jacinta; aquí hay un soneto, dijo con alegría.

Y lo leyó en alta voz.

Pero me equivocó: al llegar al verso undécimo palideció.

—Qué teneis, duquesa? preguntó Jacinta.

—Nada. Es el reverso de la medalla.

Genoveva recogió aquel papel encantador y ya maldito.

Jacinta leyó el soneto y vió que en él se alababa á la marquesa de Fontaneilles.

—Y bien! dijo tristemente Genoveva.

—Y bien, es un soneto.

—Ya veis como yo tenia razon de estar celosa de la marquesa.

—Celosa! No hay de qué cuando se es la duquesa de Parisis.

—Pero y este soneto?

—Esto es un juego de palabras, mientras que vuestros versos son la espresion de su corazon.

—Lo creéis así?

—No entiendo en poesía; pero se me figura que no me equivocó como no me equivocó en el soneto á Violeta.

—El soneto á Violeta?

Jacinta quiso retractarse de sus últimas palabras; mas no sabia mentir.

Sí, prosiguió, hay un soneto á Violeta cuando esta se hallaba en la cárcel. Lo he copiado aunque no sea tan hermoso como el vuestro.

—Veámoslo.

Jacinta fué á su cuarto y pronto volvió con los versos á Violeta.

Genoveva los leyó. Este soneto y los dos anteriores eran los únicos versos que Parisis habia compuesto en el género sério. Genoveva los tenia delante.

—Sí, dijo lanzando un suspiro: no hay duda de que amaba á Violeta; pero no ama á la marquesa. Su soneto á Armanda no es sino una hipérbole.

IV.

EL DEMONIO DEL ADULTERIO.

Para no inquietar á la duquesa, á la que Paris no gustaba, Octavio le dijo que partiria á Nuits para tomar el camino de hierro del Este.

Cuando llegó á Nuits, escribió este despacho que dió al telégrafo para la marquesa de Fontaneilles:

«A medio dia. Parto ahora mismo para Ems. Os aguardaré en la fonda de Inglaterra ó en la de Rusia.

PARISIS.»

Luego que el despacho fué expedido, Octavio comprendió su imprudencia: no porque se inquietase por haber dado su nombre á los telegrafistas, sino porque el marqués de Fontaneilles podia llegar de Lóndres y recibir aquel despacho.

—*Alea jacta est!* exclamó.

Y no pensó mas en él.

El despacho llegó á las blancas manos de la señora de Fontaneilles porque el marqués no habia llegado aun de Lóndres. La jóven lo leyó veinte veces porque veia impreso en él su destino.

—Pasado mañana por la mañana llegará á Ems! se dijo; y yo llegaré allí pasado mañana por la tarde.

Entonces oyó la voz de la señorita Joyeuse que subia la escalera. Buscó una cerilla para quemar el despacho: mas no encontrándola hizo pedazos el despacho y le arrojó en la chimenea prometiéndose quemarlo luego.

—Querida mia, dijo á su hermana; esta tarde marcharemos al Rhin. Estarás contenta?

—Mas contenta que nunca, dijo con alegría la doncella.

—Ya sabes, prosiguió la señora de Fontaneilles, que no nos detendremos en Nancy en casa de la canonesa mas que por algunas horas. Te daré un traje con blondas que dará en Ems mucha envidia.

Partieron por la tarde; en Nancy les faltó el tren; Un accidente ocurrido frente á Heidelberg atrasó un poco las viajeras, tanto que no se llegó á Ems el dia siguiente conforme se esperaba.

La marquesa estaba impaciente como una mujer que no quiere sugetarse á las eventualidades. La señorita de Joyeuse, que era muy curiosa, observó que su hermana se habia puesto silenciosa y triste.

Esto consistia en que la señora de Fontaneilles se sentia dominada por un pensamiento que callaba; dibujaba con anticipacion en su fantasía las escenas de su entrevista con Octavio. Preguntábase como escaparia á la vigilancia de la señorita de Joyeuse. Se encontraria á Octavio por casualidad; por una parte y

por otra se manifestaria grande estrañeza; se detendria allí para recibir órdenes del ministro; nada se opondria á que se pasase todo un dia juntos, sino en la misma fonda, en el mismo carruaje y en la misma mesa. Llegada la noche, la señorita de Joyeuse que participaba aun del sueño de los niños, se dormiria muy pronto; la señora de Fontaneilles escribiria cartas en la estancia vecina; no viendo luz la creeria acostada, mientras que, en realidad, se encontraria en brazos de Octavio, dando su corazon, dando su alma, dando su vida; hora admirable y terrible que las mujeres llaman la hora del sacrificio.

LA CÓLERA DE LOS CELOS.

La señora de Fontaneilles partió á las ocho con el tren exprés del Este.

A las nueve el marqués llegaba con el exprés del Norte.

Era tan altivo y orgulloso que nadie de su casa se atrevió á dirigirle la palabra. Entró silenciosamente y subió al cuarto de su mujer.

En el momento en que iba á penetrar en él, la doncella se aventuró á decirle que la marquesa habia partido. El señor de Fontaneilles no pudo reprimir un gesto de cólera.

—Partido! y desde cuando?

—Esta misma noche.

—Con su hermana?

—Sí, señor marqués. La señora ha escrito al señor. Yo la hé acompañado á la estación de Estrasburgo. La señora debe detenerse en Nancy.

—Seguia tosiendo?

—No mucho, señor marqués.

El señor de Fontaneilles entró en el cuarto y cer-

ró su puerta con violencia. Sus celosos ojos lo recorrieron todo, su lecho, sus muebles, su alfombra. Dejó sobre un pequeño secreter la bugía con que se alumbraba.

—Me ha escrito, dijo; pero su carta no volverá aquí hasta pasados dos dias.

La señora de Fontaneilles habia dejado la llave de su secreter como una mujer que no guarda secretos: el marqués lo abrió y no encontró en él mas que cartas de mujeres.

—Soy bastante loco, dijo viendo en un espejo sus cabellos en desórden, su palidez y sus facciones contraidas: soy bastante loco para impresionarme porque mi mujer va á Ems con su hermana. Hay nada tan natural puesto que así estaba convenido?

Pero los celos atenazan el corazon de los celosos y no habia llegado mas que al principio de sus tormentos.

Viendo algunos pedacitos de papel en la chimenea, el marqués corrió hacia ellos y los cogió. Al primer golpe de vista reconoció un pedacito de telégrama y no tuvo que emplear mucho tiempo para encontrar los demás pedazos: era el llamamiento de Parisis dirigido á la marquesa.

El señor de Fontaneilles estuvo próximo á caer hácia atrás. Estalló su furor y rompió el espejo.

El reloj daba las diez.

—Si no llegara á tiempo! se dijo.

No debia hallar tren directo hácia Colonia hasta

el siguiente día á las once. Dificil es pintar su angustia; adoraba á su mujer sin decírselo nunca, bien como si su amor le hubiese parecido una humillacion.

—Ese Parisis, dijo con voz sorda, siempre me ha inspirado ódio.

Fué á su cuarto que no estaba separado del de la marquesa mas que por una pequeña biblioteca, donde no se veian mas que algunos libros de religion. En su cuarto y de encima de una mesa, donde no habia sino armas, cogió un revolver, pistolas, un puñal y un cuchillo malayo.

—Desgraciados de ellos! dijo: si llego demasiado tarde les mataré á los dos. Si no llego demasiado tarde....

Contuvo su idea para dejar caer estas frases, frias como el acero:

—Te mataré, Parisis.

Y despues de un instante de silencio, añadió:

—Y que haré de esa mujer?

VI.

NACIDA PARA AMAR, NACIDA PARA SUFRIR.

El marqués de Fontaneilles, hubiese vengado su desgracia en todo el mundo: tal era su ódio.

Tuvo la crueldad, ó, mejor dicho, la debilidad, de ir por sí mismo al telégrafo para enviar este despacho á la duquesa de Parisis:

«El marqués de Fontaneilles advierte á la señora de Parisis, que el señor de Parisis y la señora de Fontaneilles no la aguardan en la próxima noche en Ems, en la fonda de Inglaterra ó en la de Rusia.

»FONTANEILLES.»

Eran las doce de la noche cuando Genoveva recibió este despacho. No quiso comprender nada; pero los celos, que en aquel momento no eran ciegos, abrieron sus ojos.

—Ah! exclamó; mi corazon, que no hallaba aire con que respirar, vaticinaba todo esto. Esa mujer ha matado mi dicha.

Llamó á Jacinta.

—Jacinta, la dijo, voy á morir.

—A morir! exclamó Jacinta, levantándola en sus brazos, pues la pobre mujer habia caido desmayada.

—Nó! dijo Genoveva, reanimándose; quiero ir á Ems; quiero salvar mi dicha.

Y lo contó todo á Jacinta.

—Sí, dijo esta; es necesario partir y yo quiero partir con vos.

Una hora despues ambas mujeres se hallaban en Tonnerre, donde cogian el exprés para Paris, donde no se detuvieron mas que dos horas; despues, á las siete, cogian el tren para Colonia, sin encontrar al marqués de Fontaneilles que partia en aquel instante.

Quién podria pintar las angustias de aquella pobre mujer, que era ya madre, que arriesgaba su hijo por su esposo? Unicamente los que han sufrido la traicion entre las alegrías de su amor comprenderán este dolor horrible. Jacinta procuraba consolar á la duquesa.

—Nó, nó, decia Genoveva, soy como mi madre: nacida para amar, nacida para sufrir.

VII.

TORNASOL Y LA TACITURNA.

Octavio de Parisis llegó solo á Ems en uno de esos hermosos dias de mayo que hacen creer en el amor hasta á los mismos que no están enamorados.

En la estacion de Coblenza, Parisis habia encontrado á la señorita Tornasol y á la Taciturna que iban á tentar fortuna en el extranjero.

El jóven las habia saludado apenas con la mano, no queriendo resucitar antiguas amistades, y creyéndose ya un hombre formal con su título de embajador y de marido; pero en Ems observó, cinco minutos despues de su llegada, que aquellas mujeres habian bajado cual él en *Englischer-Hof*.

Pensó en ir á otro parage.

Para recibir á la marquesa de Fontaneilles no queria estar en país conocido.

Mas juzgó que no hallaria otra fonda mejor que la de Inglaterra. Y efectivamente, su departamento era grande y tenia dos entradas. Y aparte de esto no habia dicho á la señora de Fontaneilles que la aguardaria en la fonda de Inglaterra?

Al principio trató de permanecer allí sin ser visto: pidió el almuerzo; pero hubo de parecerle tan triste el tener por única compañía los grabados alemanes que adornaban su salón, que no pudo resistir el placer de ir á almorzar al sol, frente al salón de la Conversación, según lo hacía en Baden.

—Enhorabuena, dijo, al oír el rumor que hacía el vino del Rhin al caer en su vaso: se puede almorzar aquí alegremente.

Mas, no bien se le hubo servido un filete de cabrito, cuando la Tornasol y la Taciturna se acercaron hácia él.

—Es decir, que almuerzas sin nosotras?

Se hallaban tan risueñas, esparcían un perfume parisien tan dulce, que Octavio estuvo próximo á decirles que se sentasen. Pero las mantuvo en pié, casi á distancia, con estas sencillas frases:

—Chist! aguardo á la reina de Prusia.

Las dos cómicas volaron de allí como dos aves.

Pero no fueron muy léjos: se detuvieron en otra rama é improvisaron un *menu* que era francés y alemán á un mismo tiempo. Por ejemplo: pidieron champagne y vino del Rhin; Octavio no quedó poco sorprendido al ver que eran mas duchas que él en este punto, ya que, en efecto, se las trajo vino de champagne y del Rhin, un vino espeso con no sé que de salvaje en su aroma.

Parisis, aunque guardando su severidad, no podía menos que pensar en aquellos hermosos años de

su vida, en que vivía sin preocupaciones ni cuidados, no temiendo figurar en pleno día al lado de las comediantas. Pero la vida no se pasa siempre almorzando: los hombres formales ni siquiera almuerzan, escepto cuando viajan.

Entretanto la señorita Tornasol y la Taciturna, viendo que la reina de Prusia no llegaba, se atrevieron á mandar una copa de vino á Octavio. El jóven no se hizo de rogar para beberla.

Miró la copa donde chispeaba el vino del Rhin y bañó en ella sus lábios con melancolía.

Esto consistía en que, sin saberlo, el jóven bebía la última copa de su juventud.

VIII.

CARTA DE OCTAVIO Á GENOVEVA.

—Después de todo, murmuró el joven entrando en su departamento sin que hubiese reanudado su conversacion con aquellas señoritas, la verdadera sabiduría es la locura; no obraría yo mejor pasando alegremente una hora con esas dos locuelas, en vez de ir más lejos en esa pasión que me dá miedo? Yo que no le he conocido nunca!

La inmoralidad que ríe está casi perdonada; el pecado formal es hijo de la inmoralidad formal. Coger una joven que pasa es como cazar en tierras propias; coger la mujer de otro, es robar á una familia.

Estas ideas cruzaron por la mente del duque de Parisis.

—Y sin embargo, dijo, si alguien soñara, tan solo en amar á Genoveva.

—Era la primera vez que se sentía celoso.

Si hubiese tenido tiempo quizá hubiera enviado un telégrama á la señora de Fontaneilles para decirle que se habia visto obligado á dejar á Ems inmediatamente. Pero reflexionó que la marquesa habria

dejado Paris el día antes. Y además de esto, ese obstinado deseo de tomar parte en la vida de todas las mujeres, acabó de cegarle. Se afirmó en su temperamento recitando este verso de Byron que yo traduzco mal:

Lo que un hombre deja, otro lo coge.

Escribió á la duquesa.

Cuantos hombres diversos en un solo hombre! cuantos sentimientos opuestos en su corazón!

Por la tarde aguardaba á la marquesa de Fontaneilles. Escribió una tierna carta á su esposa. Los poetas aficionados á los símbolos dirían que el adulterio rechinaba sus dientes ante el amor conyugal.

»Genoveva mia:

»Cuan lejos me hallo de tí! Aunque me diga que tu estás aquí, en mi corazón, en mi espíritu, en mi alma; aunque vea aparecer á cada minuto tu admirable figura, yo me siento triste: me parece que estoy separado de tí por un mundo y por un siglo. Esto consiste en que me has hechizado, en que he vivido de tu amor. Tu sabes que me has hecho creer en los ángeles antes de creer en Dios. Ah! mi querida Genoveva! porque es necesario que el hombre sea algo en la vida! La ambición me ha desterrado de la dicha.

»No era muy sabio eso de vivir contigo en Parisis, en el olvido del mundo ahogando mi pensamien-

to bajo el oloroso perfume de tus cabellos? Tus blondos cabellos! he ahí la única mies de oro digna de ser recogida. Todo lo demás no vale la pena. Únicamente Horacio fué sabio.

»Lo mismo dá: yo te juro que no me eternizaré representando á mi soberano en las capitales. No quiero vivir sino por tí y así viviré por mí.

»Adios, dulce adorada mia. Sueño que vienes á inclinarte mientras te escribo para sorprenderme con uno de esos divinos besos que hacen reflorar mi frente. Me vuelvo, pero ay! no estás aquí! Y sin embargo me parece que he sentido tus lábios.

»PARISIS.»

IX.

LA MUJER CON VELO.

Por la tarde el duque de Parisis montó á caballo y siguió el camino de Ehrenbreistein, recordando los paseos de lord Byron en esas orillas del Rhin, donde las dos grandes figuras poéticas de la Revolucion,—Hoche y Marceau—hallaron su heroica tumba. Se podia inscribir en ella como un epitáfio las frases de Chil de Harold: «Valiente y gloriosa fué su jóven carrera; fueron llorados por dos ejércitos; el que mandaban y aquel que combatian.»

—Ah! dijo Parisis, feliz el que muere jóven, en la plenitud de su vida, por una grande idea ó por una grande accion. Hé ahí como yo quisiera morir. Ah! si en lugar de enviarme como embajador á Alemania, se me hubiese dado una espada para venir á reconquistar Coblenza, donde no existen mas que corazones franceses! He aquí la diplomacia.

Y como en él el sarcasmo dominaba casi siempre al entusiasmo, añadió sonriendo:

—Verdad es, que quizá volveremos á coger el Rhin á fuerza de protocolos.

El sol iba á acostarse en un lecho de púrpura,— eterna fórmula de los poetas que se obstinan en creer que el sol es siempre la lámpara de oro de la tierra; —el crepúsculo derramaba sus melancolías. Octavio admiraba esos paisajes grandiosos que en vano quería comparar á los de Parisis donde habia acentuado los sitios salvajes. Pensó en la duquesa y el dulce horizonte del parque, donde probablemente se paseaba en aquella hora. De pronto una cabellera de humo hubo de atraer su pensamiento y sus miradas. Era el tren de la tarde que traía á Coblenza los viajeros que llegaban á Ems.

—Ya! exclamó el jóven.

Imaginóse que la marquesa de Fontaneilles llegaba en aquel instante: volvió riendas al caballo, apretó la espuela y se dirigió al galope á la fonda de Inglaterra.

Era el momento en que los viajeros llegaban: no dudaba de que la marquesa se le apareciera de repente; pero llegaron tres coches llenos de estrangeros sin que el jóven reconociese la señora de Fontaneilles.

—Por qué? se preguntó. Y sin embargo debia llegar hoy; debió salir ayer por la tarde; dijo que se detendria en Coblenza para llegar aquí de noche. Quizá no partió?

Habia dicho que comeria en la fonda; pero no tocó en ella la comida, como por la mañana no habia tocado el almuerzo.

Fué á sentarse en aquella misma mesa bajo los árboles del Casino. La señorita Tornasol y la Taciturna ocupaban su mesa; habian prolongado su comida porque la señorita Flor-del-Pecado habia recientemente llegado, trayendo noticias de la Casa de Oro. Aunque era ya extraño al mundo dorado, Parisis abrió sus orejas fingiendo que no escuchaba.

Supo que el Príncipe Azul, que se consolaba con la señorita Flor-del-Pecado de la muerte de la señora de Entraygues á la cual habia llorado ostentosamente para darse aire de sentimental, habia llegado á la fonda; pero comia con el duque de H... perdidamente enamorado de la señorita Tornasol, á la cual iba á sorprender en Ems.

Octavio pidió lumbre á aquellas señoras para encender un cigarro.

Cuando comia solo, tenia la costumbre de fumar en los intermedios.

—Aunque no he oido muy bien, dijo Octavio, me parece haber comprendido que el príncipe ha llegado con vos.

—Sí, y se quedará sorprendido al encontraros.

—No habia otros parisienses en el tren?

—Nó: era el tren del silencio.

Y rectificando, añadió:

—Esperad: hemos viajado con una dama con velo que parecia asistir á su propio entierro: tan enlutada iba. No estaba ni en el reservado de las señoras ni en el vagon de caballeros: iba sola en un departa-

mento, sin mas compañía que la de una confidenta.

Flor-del-Pecado soltó una carcajada.

—Me rio porque el Príncipe Azul, que es amante de hacer locuras, ha subido en su coche, bien como si se hubiese engañado de buena fé. Pero es una mujer formal; mucho ha tenido que hacer para ver el color de sus palabras. Fué impenetrable como una estatua.

—Y ha bajado en la fonda de Inglaterra?

—Nó, yo no la he visto desde que salí de Coblenza.

—Octavio no dudó de que aquella mujer con velo era la señora de Fontaneilles. Entró en la fonda de Inglaterra y buscó en la de Rusia; pero no se habia visto á ninguna mujer con velo.

No le quedaba mas recurso que jugar á la treinta y cuarenta para matar el tiempo.

X.

LOS DOS ATEOS.

En aquella noche Octavio perdió veinte y cinco mil francos, obstinado en jugar al negro.

—Vamos, dijo levantándose cuando el juego hubo concluido, parece que sigo afortunado en amores. Todas las dichas se pagan caras.

Estaba irritado contra su desgracia; pidió un sorbete debajo de unos árboles clamando siempre contra el colorado.

Un filósofo alemán, al cual habia conocido en Paris en la comida del Comendador, fué á sentarse á su mesa.

—Y bien, señor duque, le dijo, habeis perdido batallas esta noche?

—Sí, esplicadme por qué un hombre que juega tan bien es derrotado. Empiezo á creer mas en la malicia de las cosas que en la de los hombres.

—Y quizá tengais razon. Y para comenzar por el principio, creeis en Dios?

—No. Y vos?

—Yo sí.